

PREGÓN FIESTAS DE LAS NIEVES 2017

Nunca supuse- a pesar de mi espíritu viajero- que el destino me llevaría hasta la ciudad de Viena en aquellos carnavales de 1998, que una abundante nevada me obligara a refugiarme en el Museo de la Ciudad de Viena y que en él, me tropezara con un cuadro en cuya cartela decía “Puerto de las Nieves, 1942”, lo que hizo que se me revolviera todo el mondongo, escribiera su nombre en una servilleta de papel que es lo que tenía a mano en aquel momento y me preguntara durante el tiempo que duró el viaje: quién era aquel pintor, qué se le había perdido en el Agaete de la Posguerra Civil y cuánto Agaete más habría perdido por esos mundos del arte.

Como dice la canción: “el tiempo vuela pero el recuerdo siempre queda”... como así sucedió. En el verano de 2007 volví nuevamente a Austria, primero a Salzburgo para asistir a su Festival y de allí nuevamente a Viena tras la pista del pintor y de aquel paisaje de Agaete colgado en las paredes del museo. Para mi sorpresa, poco tiempo después recibí un correo electrónico en el que además de comentar que el cuadro en cuestión estaba en proceso de restauración, adjuntaba un archivo del mismo digitalizado y lo más interesante, pero a la vez desconcertante, la dirección del pintor, de nombre Arnulf Neuwirth, quien a sus 95 años de edad aún vivía y se encontraba en plenas facultades mentales, a pesar de que la generación octogenaria agaetense le había dado por muerto en la Segunda Guerra Mundial- de ahí mi desconcierto- según un artículo relacionado con la Virgen de Las Nieves, publicado en el Diario de Las Palmas en 1996.

En esta ocasión no dejé pasar el tiempo y con la ayuda de Ernst Bauer, un gran amigo austríaco residente en Maspalomas y vinculado al turismo, que hizo de traductor, envié por correo ordinario la primera carta al señor Neuwirth, obteniendo al mes siguiente su respuesta de puño y letra, donde declaraba ser un señor de otro siglo que sólo se comunicaba a través del correo ordinario y del teléfono fijo como así sucedió.

En la primera carta que recibí del pintor, me invitaba a visitarle en la ciudad de Eggenburg donde residía durante una época del año y me contaba que había estudiado pintura en la Academia de Artes de Viena, donde había recibido por sus brillantes notas, el “Premio París” en 1937, lo que le permitió vivir durante dos años en la capital de Francia, ampliar conocimientos artísticos y conocer, a través de un viaje por Argelia y Marruecos, la cultura árabe, el paisaje y la luz mediterránea.

De regreso a París, la noticia de que la invasión de Polonia, por parte de las tropas alemanas era inminente, hizo que el primero de septiembre de 1939 huyera a España, para evitar que le reclutaran como soldado alemán siendo austriaco, a pesar de la consabida escasez de alimentos y hambrunas que se padecían como consecuencia de la Guerra Civil recién acabada, motivo por el que sus amigos españoles le aconsejaron que se fuera a Canarias y esperara el final de la guerra, que al menos allí... “siempre hay plátanos baratos; por medio dólar te dan tres kilos y por dos dólares se podía alquilar una casita junto al mar”, como así deja constancia el pintor en unas

declaraciones del año 1960. En aquel mismo septiembre embarcó por el puerto de Sevilla hacia Gran Canaria y, desde Las Palmas de Gran Canaria puso rumbo a Agaete.

Unos días antes de la visita a Arnulf Neuwirt, y siguiendo su consejo, me pasé primero por el Museo Regional en Sankt Pölten, capital de la Baja Austria (Niederösterreich), para ver una exposición sobre su obra con algunos cuadros referidos a su estancia en Agaete. Allí pude vibrar nuevamente contemplando una panorámica de mi pueblo visto desde el interior de lo que conocemos como el “alpendre de los camellos” en la curva del cruce entre las carreteras hacia La Aldea y al Puerto de Las Nieves o la pintura que recreaba el Puerto de Las Nieves de entonces, con la casa donde el pintor vivió junto al mar y los pescadores faenando en un primer plano, con la ermita, las palmeras antiguas y el Roque Antigafo de fondo, cosas todas que Arnulf Neuwirt me describió posteriormente en varias ocasiones, con un derroche de afecto propio de su agradecimiento por la acogida.

El día de la visita, cogí un tren bastante temprano en dirección a Eggenburg, el lugar de residencia del pintor y, aunque iba muy pendiente de la ruta por lo desconocida que era para mí, no dejaba de pensar en lo que me depararía el destino, máxime cuando observo que era el único viajero que se apeaba en aquella estación desde donde se divisaba la iglesia de San Esteban, que era el punto de referencia para llegar a su casa. Y sin pensarlo más, eché a caminar cuesta abajo hasta que por fin, llegué.

Localizada su vivienda, toqué el timbre y al momento se abrió la puerta, apareciendo la figura enjuta de un señor mucho más alto que yo y la de una señora de estatura mediana, que pronunció con cara de asombro una frase en alemán que el señor Neuwirt, con una tímida sonrisa se apresuró a traducir, pidiendo disculpas porque su mujer había dicho de manera espontánea que se les acababa de aparecer El Greco, lo que provocó en mí una sonora carcajada de aceptación que les contagiaba y con la que estableceríamos los lazos de complicidad y confianza para hablar del Agaete que él vivió y que yo quería conocer -como así fue- y que hoy quiero compartir a través de este pregón.

En Las Nieves conoció y entabló amistad, con Don Luis Delgado el guardamuelles, quien a su vez le presentó a Don José Bermúdez el maestro, a Don Daniel Torrent el boticario y a Don Manuel Alonso Luján, el cura párroco, todas personas de conocimiento que decía el señor Neuwirth, “a quienes no tuvimos que explicarles nuestra delicada situación porque estaban al día de los acontecimientos que asolaban la Europa de donde habíamos huidos”

Mientras conversábamos, Arnulf Neuwirth buscaba en su biblioteca documentación sobre las Islas Canarias, recordando que fue Don José Bermúdez quien le acompañó y guió en cuantas visitas arqueológicas realizó, empezando por las dos necrópolis aborígenes que había en Agaete: la de Las Nieves- actualmente desaparecida- de la que deja constancia en uno de sus cuadros y la del Maipez, felizmente recuperada, hasta el Museo Canario y Gando, pasando previamente por La Guancha y la Cueva Pintada de

Gáldar de la que hizo una interpretación libre que me mostró en un catálogo y que según comentaba, estaba en algún museo en Boston.

Evidentemente no me presenté en casa de los Neuwirth con las manos vacías. A falta de una ñamera calá, unos gajos de crotos, o un paquete de café del Valle, le llevé unos libros de Gran Canaria con imágenes de Ángel Luis Alday. A mí anfitrión, al verlas, le recordaron su visita al Cenobio de Valerón descrito de esta manera: “La casa en donde viví en Gran Canaria no estaba lejos de una gran cueva. En esa cueva había un par de docenas de cuevas más pequeñas. Allí los canarios prehistóricos encerraban a las vírgenes antes de la boda y las cebaban hasta que pareciesen figuras ‘Magna-Mater con el aspecto de la venus de Willendorf.’”

Interesado por la evolución del Agaete que conocí y puesto que estábamos hablando de su relación con Don José Bermúdez el maestro, le comenté que en el año 1946 se había construido un nuevo Grupo Escolar y que al no haber coeducación, mi generación sólo había conocido a la única maestra que tuvimos en párvulos, Carmencita Guedes, que junto con tres grandes maestros como fueron Don Santiago Sosa, Don Esteban Suárez y Don Juan Ramírez, habían sido los responsables de instruirnos para dar el salto- en algunos casos- de la Escuela Primaria al Bachiller Elemental, apoyándose en aquel libro gordo, compendio de todo el saber para los niños de mi generación como fue la Enciclopedia Álvarez: Intuitiva, Sintética y Práctica, ajustada al cuestionario oficial, que así rezaba nada más abrirla.

Estimulado por mis nuevos amigos, me remonté a mi infancia en Agaete y recordé cuando en aquel sistema de Escuelas Graduadas al llegar al cuarto y último grado, nos juntábamos los chiquillos que llegábamos por conocimientos y edad con quienes siendo bastante mayores que nosotros- leñúos les llamaban-, continuaban en la escuela en expectativa de que sus familias les buscaran el primer empleo; mientras tanto, ellos hacían las gamberradas y nosotros, ignorantes e ingenuos, pagábamos las consecuencias.

Independientemente del grado, la Enciclopedia comenzaba con las lecciones de Religión e Historia Sagrada, en las que casi no le había dado tiempo a Dios de crear el mundo cuando ya había expulsado del paraíso terrenal a Adán y Eva por pecadores y desobedientes, la envidia de Caín hacia su hermano Abel había sido la causa del primer crimen mundial, del Diluvio Universal sólo se había salvado Noé, su familia y un casar de cada especie de animales vivientes, en un arca que había tardado cien años en construir, siguiendo con la construcción de la Torre de Babel que, como consecuencia de la soberbia humana, fue la causante de que la humanidad no se entienda, ni usando el Esperanto, hasta el día de hoy.

Si había algo importante en lo que insistieran nuestros maestros era en la Gramática y en la Ortografía, que era lo primero que hacíamos después de haber formado filas, leer la consigna de turno, cantar los himnos patrios: “Cara al sol por la mañana” y “Prietas las filas” por la tarde y rezar, según entrábamos en el aula.

Sabíamos que algo importante iba a suceder cuando tocaban a rebato para llevar al siguiente día el uniforme blanco de manera impecable, las uñas limpias, repelinados como pollos y tu madre revisándote los oídos por la mañana con la consabida frase “ven aquí que anoche te me escapaste”, motivo que le valió a Don Santiago Sosa, por dos cursos consecutivos, según oíamos, un voto de gracia por parte de la inspectora Doña María Paz, aquella mujer “emperendegada” desde los tacones hasta el moño en visita normal y hasta con pamelita, cuando hacía su entrada triunfal en la Plaza de la Constitución, en aquellos desayunos con motivo de las primeras comuniones.

Para la ocasión, el entusiasta Don Esteban había organizado y dirigido una orquesta de flautas de caña que sonaban al vibrar el papelillo de fumar con el tururú del aire al soplar- personales e intransferibles las flautas, por las boqueras que se decía- y que superadas las sospechas de los padres, por lo de los papelillos de fumar, hacía honor a la fama de pueblo cantarín y bailador sin desafinar ni perder el ritmo y el compás, siendo el “Corre corre caballito” de Marisol, la partitura mejor interpretada, en franca porfía con “Campanera” en la versión de Joselito.

Mi generación no conoció la palabra matemáticas hasta que llegamos al instituto, porque en la escuela y en la Enciclopedia, lo que se estudiaba y aprendía era Geometría y Aritmética; la mayor parte de ellas cantando, sobre todo las tablas de multiplicar que sólo bastaba que no se pusieran de acuerdo los maestros en el horario, para que se cruzaran el canto de las tablas, con el del catecismo sin que hubiera manera de acompañar aquel “ cinco por una cinco, cinco por dos diez,...” con el “sí señor soy cristiano por la gracia de nuestro señor Jesucristo”, que se escuchaba en todo el vecindario.

A pesar de la edad, en números y cuentas éramos bastante espabilados, tanto como para que Don Juan Ramírez observara las caras de asombro que poníamos ante los enunciados- sin desperdicio alguno-, de aquellos problemas de obreros que ganando 790 pesetas al mes y gastando 550 nos pedían el ahorro por día, pretendiendo que con aquel sueldo y ahorro, se plateara un obrero comprar una máquina de escribir para su hijo, que según el enunciado del primer problema de la serie, costaba por ser seminueva 2.280 pesetas, lo que le dejaba claro al alumnado en expectativa de trabajo que nunca estudiarían mecanografía dado los precios de las máquinas de escribir y los sueldos de los padres. A la par con el de la mecanografía, estaba el que con 100 pesetas compró un libro que le costó 34 pesetas y con el resto compró tres pelotas que evidentemente le costaron 22 pesetas cada una, lo que evidenciaba con nitidez que leer siempre fue mucho más caro que jugar al fútbol.

De las provisiones llegadas de Argentina primero y del Plan Marshall estadounidense después, para matar el hambre, lo único que llegó a las escuelas rurales como la de Agaete, fueron los sacos de leche en polvo, de la que nos daban un vaso a diario, después de turnarnos en revolver en la caldera con la paleta, aquella mezcla de agua con el polvo blanco concentrado y, de vez en cuando, un trozo de queso amarillo

enlatado, conocido como queso del reparto, de cuyos envases, posteriormente reciclados, surgieron unas jarras doradas que lucirían los tronos en Semana Santa con los ramos de papeleras, que así le llamábamos entonces a las buganvillas cogidas en el Huerto de las Flores.

El gusto de mi generación por la Geografía e Historia se lo debemos a Don Juan Ramírez. Nunca olvidaremos aquellos cuadernos manuscritos por la promoción anterior con la geografía e historia de Agaete, que venían a suplir la carencia de contenido local. Unos cuadernos que de tanto uso acababan manoseados pero que gracias a ellos supimos desde muy temprana edad que Agaete tiene 45,5 kilómetros cuadrados de superficie, que una parte del Pinar de Tamadaba, concretamente de donde procedían aquellas manzanas de la finca de Sansón y la zona de acampada pertenecían a Agaete, además de todos los caseríos y pagos y la división de Gran Canaria en partidos judiciales. Un mes antes de acabar el curso, todos los que tenían buena letra, debíamos copiar los nuevos cuadernos con los que estudiaría la promoción siguiente. Las fotocopiadoras aún no se habían inventado.

No me pregunten como llegaba y acababa el ciclo de los juegos infantiles, lo cierto es que de pronto nos veíamos jugando tanto al trompo, como a los cartones, o al ‘tocaté’, con el consiguiente recorrido final con la cabeza hacia el cielo y sin mirar, mientras el resto cantaba aquello de: piso, hora y descanso, cuidando calibrar la zancada para no pisar la raya que era suficiente motivo de discusión. Lo curioso del juego de las estampas era el valor numérico añadido según el tamaño, siempre múltiplo de cuatro hasta llegar a 64 para las estampas de mayor tamaña, que o bien eran estampas de las películas Sissi Emperatriz, el Destino de Sissi o Las Minas del Rey Salomón, guardando cada cual la más cochambrosa para el final, que doblada en dos, no era cuestión de golpe sino de jeito el saber levantarla, secreto que guardaba el dueño con mucho sigilo y razón por la que siempre ganaba y, al que perdía, se le daba la de vela, que era como el fondo de reserva, para que continuara jugando.

Cuando nos daba por las motos, estábamos todo el día al acecho para encontrar un cacharro- lata que se diría hoy- lo suficientemente grande como para ponerle un cabo de vela encendido en su interior y clavarle un palo atravesado que a modo de manillar era por donde la sujetábamos, la marca de la misma dependía del ruido que hicieras con la boca, que casi siempre era de “Vespa”, como la del fotógrafo que venía a la escuela para hacernos la clásica fotografía sentados en la mesa del maestro, con el globo terráqueo en una esquina y el mapa de España de fondo.

Lo más temible de aquella época eran las redes sociales de entonces, las que le ponían en el pico a tu madre las andanzas callejeras que no queríamos que supieran; las que en tocando en la puerta de tu casa, como la que cliquee en la pantalla del ordenador, habían descartado el “me gusta”, “me encanta” o “me divierte”, al estilo facebook y para las que todo era “me asombra”, “me entristece” o “me enfada”: ¡las vecinas! y encima había que agradecerles los chancletazos y los arrestos ante la consabida frase a las madres “te lo digo porque lo quiero como a un hijo” y uno pensando ¡qué poco

quiere al hijo!...Hay quien se queja de que los mensajes de twitter sólo tengan 150 caracteres; en mi infancia con la mirada de tu padre o un “jum”, bastaba.

Con la perspectiva que sólo el tiempo da, al releer mi Enciclopedia y recordar el sistema de enseñanza de hace más de sesenta años, no tengo nada más que palabras de agradecimiento para nuestros padres que nos pusieron en manos de aquellos maestros y a éstos, porque a falta del latín, una lengua moderna y el álgebra, el resto de los contenidos que se impartían en el Bachiller elemental, los llevábamos aprendidos desde la Escuela Pública de Agaete.

Observando el regocijo con el que Arnulf Neuwirt conversaba, recordando su estancia en Agaete, tuve el atrevimiento de preguntarle las razones por las que se había marchado en plena contienda mundial, a lo que me respondió, que un día del año 1942, los tentáculos de la Gestapo hitleriana llegaron hasta Agaete donde lo detuvieron y repatriaron nuevamente a Viena y cuando creía que había llegado el final de sus días, el dominio de la lengua española hizo que lo reclutaran para hacer de traductor e intérprete, viviendo así en la ciudad de Dresde el bombardeo infernal y con él, el final de la Segunda Guerra Mundial.

La mañana soleada y apacible en Eggenburg, en la región de la Baja Austria, fue propicia para el recuerdo por parte de Arnulf Neuwirth, quién a sus 95 años se preguntaba cómo alguien de Agaete había dado con su paradero, provocando que despertara su español dormido desde hacía 66 años, puesto que no lo había vuelto a hablar, según decía. Mientras, yo observaba con asombro su capacidad para recordar con detalles aquella etapa de su vida, en la que la mediación de Don Luis Delgado, el guardamuelles, logró que Don José Bermúdez, el maestro de la generación octogenaria, no sólo le dejara su casa en la actual Avenida de los Poetas, sino que entre los dos le buscaran los muebles necesarios para hacer la estancia un poco más cómoda, como así nos lo recuerda el propio Arnulf Neuwirth en unas declaraciones hechas en 1947.

“Pasé tres años bajo el sol tropical en una de las islas Canarias en una casa solitaria junto al mar. Las olas del océano golpeaban la orilla, casi llegaban hasta la puerta de mi casa de modo que las tablas de la puerta eran salpicadas por el agua salobre. Por delante tenía el mar límpido, por encima de mi cabeza las palmeras y detrás de la casa, plantaciones de platanales de color verde esmeralda.”

Entonces Las Nieves no era ni la sombra de lo que es actualmente. De todo el sector pesquero artesanal, sólo 30 familias vivían y convivían junto con los aparejos y artes de pesca, en unas casillas en primera línea de playa sin la protección del muro de contención que actualmente supone la actual Avenida de los Poetas, mientras que el resto de las familias de pescadores vivía en el barrio de San Sebastián, de ahí el nombre de Pescadores en una de sus calles y otras dispersas por la Villa de Arriba y Barranco Santo.

Así era Las Nieves que Arnulf Neuwith conoció, a pesar de lo cual, no sólo no la olvidó sino que, perdidas algunas de sus pinturas y dibujos debido a los avatares propios de la guerra, volvió a pintar desde la lejanía aquel Agaete que le había acogido, que le había ayudado a sobrevivir y al que nunca olvidaría.

En el mes de junio del año 1949 la prensa anunciaba la pronta terminación de un grupo de 30 viviendas en Las Nieves, de Agaete, “donde quedarán perfectamente y dignamente alojadas 30 familias de pescadores residentes en dicho lugar, las cuales, debido al grave problema de salubridad que planteaban sus chozas y miserables alojamientos, han merecido el principal desvelo del organismo sindical”.

Fue Luis el guardamuelles quien introdujo al pintor austriaco en el ambiente mariner, llamándole mucho la atención no sólo la variedad de especies, el colorido y nombre del pescado, la faena de varar los barquillos en la playa y el trabajo en tierra entre redes y aparejos, sino la parada al mediodía para hacer la siesta después de comer, aprovechando cualquier rincón donde hubiese una sombra y que Arnulf Neuwith recoge entre sus dibujos.

Los apodos familiares le dificultaban al pintor austriaco el aprendizaje de los nombres de pila de los pescadores, igualmente podría ocurrirle ahora, puesto que, en ese aspecto, muy poco ha cambiado el Agaete que conoció con respecto al actual, donde aún se asocia el nombre de las personas con el gentilicio familiar como son los Gomer, Sanguchos y Piñeros, los del Molino, Mirandas y Alejos, los Serrunos, los Nanos, Machales y Mechúos, los de Graciliano, Seitos y Moganeros, los Machucos, Cubines, Lajillas y Faneques, los del Sepulturero, los Nueces, Cangrejos e Ingleses, o los Patamala, Capiros y Diepas, entre otros.

Nunca olvidaré aquel 5 de marzo de 2008, cuando solo en el andén de la estación ferroviaria de Eggenburg, en aquellas horas tan de mañana, me identificaba con aquellas mujeres agaetenses, pescadoras y con arrestos, con el baño lleno de pescado a la cabeza, cabrillas se me antojaban, dispuestas a traducir en sustento familiar la faena de la noche marina, pregonando el ¡Fresquita muchachas, fresquita! ¡A la sardina fresca, muchachas, vivitas!, por todas las calles del municipio. Con mi baño a la cabeza cargado no de pescado, pero sí de ilusiones, de incógnitas y algo de incertidumbre, eché a andar dejando que la inercia me llevara cuesta abajo.

Mientras bajaba la pendiente recordé a María Méndez, a Juana María y a Mana África, a Juana la de Juan de To y los años que pregonó el pescado de Agaete en la Romería del Pino, en Teror, a Concha a Carmita y Pepita las Machucas, a Pinito la de Conene, a Juana Miranda y a Nieves la Bachá, Antoñita y Mariquita las Cubinas, a Lola la de Tontón, a Tina y Obdulia las Mechúas, a Maruca la Canaria, a Lola Pérez y a Lola la de Chano el Mojito, a Nieves y Carmen las de Seíto, a Lola la Totorota y a sus hijas Mari Nieves y Toñi, Anita la Capiro y Nievécita, a Lola la del Molino y Gregoria la Gomera, Nievita la Palmera y Lola la Caitano, sin olvidar a Mariquita la de Matías el de mano Alejo hasta llegar a Estela, mujeres pioneras en la invención de la marcha

atlética olímpica, donde nunca se supo si corrían o caminaban de prisa cargadas con aquellos baños a la cabeza, mujeres que otrora, además de vender pescado en Agaete, se desplazaron a los municipios vecinos, cuando no a las medianías en tiempos de hambrunas, vendiendo y a veces cambiando, sardinas tostadas por pan, papas y millo; mujeres sin las que no se entendería la historia de la pesca artesanal y de bajura en el Puerto de las Nieves.

Absorbido por la luz, el paisaje y el paisanaje agaetense, el pintor austriaco guardaba aún impresiones de la mar y el viento y también de tierra adentro. Acompañado por Luis el guardamuelles realizaría varias caminatas para conocer el extraordinario paisaje del Valle de Agaete, llamándole la atención la flora, los lagartos y los cultivos tropicales; en más de una ocasión llegó hasta El Sao primero, donde visitó los molinos de agua, continuando hacia El Hornillo cuyo poblado troglodita aún recordaba. En una de aquellas excursiones llegaría hasta Tamadaba, las montañas míticas que contemplaba todos los días desde el Puerto de las Nieves y que junto con la Punta de la Aldea, fueron el motivo que me llamó la atención y por el que me acerqué e identifiqué aquel cuadro en el Museo de la ciudad de Viena y que a pesar de que en la cartela reza como “Puerto de las Nieves, 1942”, en una de sus cartas me indicaba el pintor que también tiene otro título: “Autorretrato”.

De las Ramas vividas, Arnulf Neuwirth dejó constancia en una de sus composiciones pictóricas en la que recrea la Ermita de Las Nieves, el almacén de empaquetado de tomates que estaba en la trasera de la misma y el Roque Antigafo, dos papagüevos con el armazón que los sostienen y sus bailadores al descubierto, mientras que en primer plano recrea las faenas agrícolas realizadas por mujeres y hombres ayudados por camellos, entre túmulos de la necrópolis aborígen de Las Nieves, actualmente desaparecida, pero que junto con la del Maizep, Arnulf Neuwirth conoció y visitó varias veces.

Con el paso de los años, aquellas Ramas celebradas en circunstancias adversas tanto para Agaete como para el mundo, evolucionaron cualitativa y cuantitativamente. Ramas vividas, bailadas y vivenciadas. Ramas aprendidas y aprehendidas que van más allá de quienes pretenden encorsetarla a la luz de supuestas teorías, tan respetables como caducas y estériles por excluyentes, en cuanto a su origen y destino, razón por la que me posiciono una vez más- por inclusión-, con la Rama de los sentimientos, en donde tiene cabida quienes a ella se entregan y participan, habiendo tantas Ramas- en una sola- como personas la bailan y la sienten, porque el hecho espiritual, el de los sentimientos, está por encima de cualquier hecho puntual sea cual fuere su tendencia.

Es la Rama un acontecimiento dancístico que pocas normas conlleva, seguramente en su simpleza radica su grandeza y es esa grandeza, la que nos eleva haciendo que miles de personas compartamos el espacio público y vibremos cada cual con sus razones, ya sea bailando, mirando pasar la comitiva, retransmitiéndola en directo que para eso la tecnología nos lo ha puesto al alcance, fotografiándola o simplemente compartiendo en silencio las ausencias.

En aquellas Ramas de la niñez y de la inocencia, mi generación estaba ilusionada con estrenar zapatos nuevos y camisas de vichy a rayas o a cuadros- que es lo que había- y que dejaron marcada en mi para siempre, la vocación de toldo de playa que aún tengo.

Con visión de adolescente disfruté viendo a Don José de Armas, ayudado por Don Santiago Ubierna, pintando los papagüevos y aquellos óvalos representativos de los diferentes pagos y caseríos del municipio, que formaban parte de la decoración callejera, sin perder de vista como bailaban la Rama aquella gente mayor, familias de pescadores y gente de promesas la mayoría, entre los que sobresalían- nunca me cansaré de contarlos- Manuel el Carila y Lola la Marta.

Con actitud juvenil no sólo bailamos La Rama, sino que el grupo generacional de amigos, participamos en aquellas Comisiones de Fiestas que culminaron en el año 1972, con la declaración de la Rama como Fiesta de Interés Turístico Nacional y a pesar de que crecimos viendo y bailando los llamados bailes de salón: tangos, vales, pasodobles y foxtrot, en el Casino La Luz, la revolución musical de la década de los sesenta, nos cogió en plena adolescencia y cantamos y bailamos al son de la música italiana llegada de los festivales de San Remo. Escuchamos Speedy González en el bazar que tenía Mariluz la de la Funeraria en la calle Guayarmina y los domingos, a la salida de misa, practicábamos el twist en la Plaza de la Constitución, donde Toni el de Casto tenía un kiosko; todo esto alternado con los ensayos de la Banda de Agaete que entonces era municipal y ensayaba entre semana en el Ayuntamiento.

Avanzada la década llegó la música inglesa más de Los Beatles que de Los Rolling Stones y por supuesto la de todos aquellos conjuntos españoles. Fue la época de los guateques y de las pandillas y como no íbamos a ser menos, mi grupo generacional parejero como el pueblo que nos vio nacer, fundamos también la pandilla de “Los Rebeldes” y bailamos todas aquellas canciones, las de Adamo, las del Dúo Dinámico, las de Juan y Junior y muchas más.

Ahora en los años de madurez voy a buscar La Rama que antes me traía mi padre y bailo en el tramo de calle y lugares con los que me identifico, de los que guardo gratos recuerdos de vida. En esa Rama del sentimiento y de la inclusión que es la que defiendo, les aseguro que bailo con los presentes sin olvidar a los ausentes, sobre todo a quienes se han marchado para siempre a vivir su Rama en otras estancias.

La misma hospitalidad que Agaete le proporcionó al pintor austriaco Arnulf Neuwirt - al que le rindo mi particular homenaje al no renunciar a que alguna vez sus obras cuelguen de las paredes de la Casa de la Cultura, y a que algún rincón del Puerto de las Nieves lleve su nombre- es la hospitalidad que nuestro pueblo ha ofrecido, en múltiples ocasiones, a todas las personas a las que Agaete y su gente enamoran. Y si emocionante fue el encuentro con aquel pedazo de Agaete hecho pintura en el Museo de la Ciudad de Viena, no menos lo fue cuando en la última feria de turismo en Stuttgart, me

encuentro con la gran foto mural de Guayedra, presidiendo el espacio de Gran Canaria dentro del stand de las Islas Canarias.

Algo está cambiando. Se está promocionando Agaete como espacio medioambiental y tendría que haber una correlación de intereses entre la promoción exterior y el cuidado del espacio por parte del conjunto de los agentes turísticos- cada uno de nosotros lo somos- que operan en el municipio. Y observé en las guías turísticas impresas en alemán en relación con Agaete, la preponderancia medioambiental y cultural como son las rutas de senderismo a Tamadaba y el Charco Azul en El Risco, la etnografía, la artesanía, la arqueología, la gastronomía, el tipismo arquitectónico sencillo del pueblo blanco, el Tríptico Flamenco, los alojamientos con un plus añadido por su diferenciación y también, claro está, La Rama. Ya sabemos por qué apostar, me dije.

Históricamente, el maridaje entre paisaje y paisanaje ha sido una de las grandes fortalezas de Agaete- si no la más- razón más que suficiente para apostar por la calidad de vida y por la excelencia en la prestación de servicios, tanto para los residentes como para los visitantes, dado que éstos forman parte de la regeneración económica que Agaete necesita y en un momento en el que la touroperación ha puesto sus ojos en el municipio. También es un buen momento- siempre lo es tratándose del pueblo de uno- para sentir el orgullo de pertenencia a la comunidad, para sentirnos copartícipes del mito construido a lo largo de más de cinco siglos de historia, de la historia prehispánica aborigen y de la posterior a la conquista castellana, para seguir apostando cada cual dentro de sus posibilidades, por ese Agaete del que hablamos y no paramos, por ese Agaete que nos llega al alma.

Llegada la hora del almuerzo en mi visita a Eggenburg, el matrimonio Neuwirth me invitó a comer. Cuando íbamos llegando al restaurante de la fonda en el centro del pueblo me dice Arnulf Neuwirth de manera jocosa: No sé qué pescado nos dará hoy Luis el guardamuelles, a lo que respondí que aunque llevara 66 años sin hablar el idioma, la socarronería agaetense no la había perdido...Saldamos el intercambio con la complicidad de una sonrisa imborrable.

El motivo principal por el que el pintor austriaco Arnulf Neuwirth se había desplazado hasta el Puerto de Las Nieves, según cuenta en una de sus cartas fue "...porque me había enterado de que en la capilla de Las Nieves había un cuadro de una Madonna del pintor flamenco Van Eyck. Esta pintura resultó después ser falsa. Pero me quedé en Las Nieves como pintor y muy interesado en la arqueología canaria."

Don Luis Delgado el guardamuelles, también le había presentado a Don Manuel Alonso Luján, el cura párroco en aquel tiempo, con el que Arnulf Neuwirth entablaría buena relación, no en vano, Don Manuel también era un amante del arte y de la cultura en general. A él le debemos algunos cantos y textos teatrales de nuestra tradición que o bien introdujo o contribuyó a mantener vivos, como son Los Gozos y el Adiós Reina del Cielo que se cantan en el novenario a la Virgen de las Nieves; el Auto de los Reyes Magos que mi generación conoció y llegó a representar, la quema de Judas y tantas

obras de teatro que conocidas con el sobrenombre de “las comedias del señor cura”, se representaron durante su larga estancia en Agaete.

La buena relación que establecieron párroco y pintor, permitiría a este segundo no sólo observar con detenimiento el cuadro central del Tríptico Flamenco de Las Nieves, que lo tenía al lado de su vivienda, sino al resto de los cuadros -los laterales y los medallones- guardados en la casa parroquial de la Iglesia de la Concepción, en el casco urbano de la Villa Marinera. Una observación que le reafirmaría en que no se correspondía la imagen de la Virgen de las Nieves con el resto según cuenta en otra carta. Es más, como la tertulia sobre arte la habíamos dejado para la sobremesa, ya me había advertido de antemano que teníamos una “Virgen falsa”, según recordaba de su estancia en Agaete.

Fue en esa sobremesa cuando le mostré el Tríptico Flamenco tal y como lo conocemos en la actualidad, contándole que tenía razón, cuando hizo su observación en 1939, acerca de que el estilo y pincel de la pintura de la Virgen no se correspondía con el resto de los cuadros flamencos, pero que en el año 1963, gracias al atrevimiento del cura párroco Don Teodoro Rodríguez y Rodríguez, apoyado por el obispado, se realizaron los trabajos de limpieza y restauración que dieron como resultado la aparición de la pintura primigenia, cuya autoría sin lugar a dudas corresponde al pintor flamenco Joos Van Cleve.

Los conocimientos pictóricos de Arnulf Neuwirt según me contó, le guiaron a fijarse en los laterales del cuadro central, observando en ellos la influencia de Patinir, de hecho en la corta pero fructífera relación epistolar que mantuve con él, escribía diciendo que...”Ya en el tiempo de mi estancia en Gran Canaria (1939-1942) reconocí en ese cuadro la mano del pintor flamenco Joachim Patinir. De esa misma mano tenemos en el Museo de Historia del Arte en Viena uno de sus delicados y coloreados “World Landscapes” (paisajes imaginarios), un “Bautizo de Cristo en el Jordán”.

Unos meses antes de visitarle en Eggenburg, tuve la oportunidad de ver en el Museo del Prado una exposición bajo el título “Patinir y la invención del paisaje” y también de adquirir el catálogo razonado con detallados estudios de las veintinueve obras que se atribuyen al pintor”... según reza en la contraportada del mismo, de lo que se desprende la acertada opinión de Arnulf Neuwirt, no en cuanto la autoría pero sí de la influencia que ejerció Patinir como primer artista europeo especializado en pintar paisajes idílicos, como así son los que aparecen en cualquiera de las piezas que conforman el conjunto pictórico flamenco de Las Nieves, recordando que por su procedencia, la región de Flandes, no sólo no tiene montañas sino que está situada por debajo del nivel del mar.

Me preguntó Arnulf Neuwirth si llegué a conocer a Don Manuel el cura y le contesté que sí, que con él hice la primera comunión y que llegué a asistir a algunas de sus comedias, elegidas entre aquellos textos de Galería Dramática Salesiana, de las que aún recuerdo algunos números musicales como: “He nacido en Holanda, en una aldea

y los mozos me dicen que no soy fea. Tengo poca experiencia y no lo entiendo. Estoy durmiendo el sueño de la inocencia”... O aquella otra cuya anécdota superó a la propia comedia protagonizada por Demetrio Santana, más conocido como Tito el de Felicita y que le costó un gran disgusto a su madre con Pinito, la abuela de mi amiga Mari Pino Amador, cuando haciendo el papel de zapatero cantó: “Voy a hacer unos zapatos de tan fuerte construcción que no los pueda romper ni la bala de un cañón” y Tito, ni corto ni perezoso, sustituyó la bala de un cañón por Pinito la Amador aprovechando la rima.

Fue el momento en el que Arnulf Neuwirth me comentó que había pintado algunos decorados para las obras de las que Don Manuel era el mecenas y también algunos cuadros para los amigos que con tanta amabilidad le habían acogido y a los que sólo podía corresponder con su arte; cuadros la mayoría de pequeño formato- alguno de los cuales he localizado- acordes con la precaria situación en la que vivía.

También le comenté que la iglesia de mi niñez fue una escuela de canto para los niños y niñas que teníamos buena voz y voluntad para asistir a los ensayos- que éramos bastantes- cuestión nada extraña para el pintor austriaco debido a la tradición musical centro europea en la que los rigores del clima- además- propiciaban las actividades a cubierto, entre las que se encontraban las musicales y corales.

También con la perspectiva que sólo el tiempo da, la iglesia de Agaete fue, sin duda, una escuela de aprendizaje cultural y organizativo en la que crecimos y aprendimos conceptos que aplicamos luego en nuestro compromiso con la casusa pública, primero con la tendencia teatral de Don Manuel Alonso Luján, a quien le siguió Don Teodoro Rodríguez y Rodríguez- el águila blasonada de la retórica eclesiástica grancanaria- y su gusto por la pompa y el boato vaticano, además de la simetría decorativa y escénica sin concesiones. Tal es así, que siendo monaguillos y emulando aquel entorno de personas mayores, nos apropiamos del Callejón de los Pobres- actual calle Norte- y de la calle La Palma, para reproducir en la placilla del Grupo Escolar -actual Plaza Fernando Egea- el simulacro de una Procesión del Encuentro de Semana Santa, dirigidos por mi amigo Pedro Armas, mientras que en la casa de mi otro amigo Pepe Juan del Rosario, con un telón de boca- como todo teatro que se preciara-, hecho con dos colchas compradas por su familia a Rafaelito el árabe, montamos un escenario a base de cajas de tomates- que eran muy socorridas- para representar Alí Babá y los 40 ladrones, con un decorado en papel simulando una cueva y un tesoro elaborado a base de piedras forradas en platina con una luz a pilas camuflada en medio para que el tesoro resplandeciera. La imaginación, desde luego, no escaseaba.

Quien dijera que andando el tiempo y, ante el estado de excepción decretado por la dictadura franquista en 1969, estando en una reunión de Acción Católica en los bajos de la Iglesia de la Concepción, se presentó la guardia municipal con la orden de suspender el encuentro sin que el cura de turno pudiera hacer nada al respecto, a pesar de su posición y privilegios.

De la misma manera que descubrí en el Museo de Viena el cuadro de Arnulf Neuwirth, motivo e hilo conductor de este relato hecho pregón, he visitado a conciencia museos donde sabía que había alguna de las obras más importantes de Joos van Cleve. He de confesar que me he encontrado donde no me lo esperaba otras obras suyas como por ejemplo en Frankfurt, Schwäbisch Gmünd o en Basilea, donde se encuentra el cuadro con el Niño Jesús y San Juan, uno de los que inspiraron a nuestro Pepe Dámaso para su interpretación del Tríptico Flamenco. Los elementos leonardianos pictóricos del Sur, unidos al color de los primitivos flamencos, han hecho que Joos van Cleve sea considerado el “Leonardo da Vinci” del norte de Europa.

Agaete, el arte, la Rama...de todo hablé con el pintor austriaco y, especialmente, hablamos de las fiestas. Son las de Agaete unas fiestas de subidas y bajadas. Subimos y bajamos a Tamadaba a buscar la Rama y sube y baja del Puerto al Casco Urbano la Virgen de las Nieves, creándose con esa movilidad espacios y momentos privilegiados para el encuentro, para compartir y departir con personas que quizá de otra manera nunca lo hubiésemos hecho. Momentos para la comunicación y la generosidad sin la cual sería impensable la reconciliación, primero la de cada cual consigo mismo y luego con el resto.

Qué me sabe cuando oigo una conversación que empieza o acaba con ¡nos vemos en La Rama!, ¡nos conocimos en La Rama!, ¿Vas a La Rama?.. qué a gusto me siento cuando un grupo de jóvenes agaetenses, con quienes me tropecé un año por casualidad posando junto a las letras de la Rama que están en la entrada del pueblo, me envían mensajes convocándome para repetir la experiencia, o cuando otro grupo reivindica la noche del día dos de agosto para un encuentro tranquilo y sosegado, independientemente de los almuerzos del día cinco.

A pesar de sus 95 años, Arnulf Neuwirt esperaba que nos volviéramos a ver, que el feliz vínculo con el “Caballero de la mano en el pecho”, que así me llamaba, se conservara. El moriría a los cien años después de una vida plena y llena de variadas y ricas experiencias, reconocido profesional e intelectualmente por su país y su región de residencia. En Austria quedó su obra y en ella, retazos de aquel Agaete que lo acogió y, en mi corazón su recuerdo. Y siguiendo con las ausencias, este año celebraremos las Fiestas en honor a la Virgen de las Nieves sin Cristo Rodríguez Armas y sin Juan Pablo Oropez Trujillo, dos personas de nuestro pueblo vinculadas con La Rama y que han partido a bailarlas en otras estancias, dejándonos generosamente el galardón popular máspreciado con el que el pueblo de Agaete reconoce a quienes son merecedores del mismo como son los papagüevos que encarnan a sus respectivas personas y que los eternizan para siempre.

Poco o casi nada que no tenga solución ha cambiado en las sesenta y dos Ramas y, en el mismo número de subidas y bajadas de La Virgen de las Nieves de las que tengo conciencia, excepto que, ciertamente, somos demasiada gente para el mismo espacio; pero también en la época de mis abuelos vi como en mi casa, donde normalmente compartíamos espacio seis personas, con ocasión de las Fiestas de las Nieves

dormíamos treinta o más, pues según el dicho de mi abuela, que ya alguna vez conté: “cerrando la puerta de la calle toda la casa es cama”.

Ciertamente, han pasado muchos años desde aquellas Ramas familiares y apacibles en las que las caracolas sonaban en la noche, junto a mi casa, convocando a la subida a Tamadaba; desde aquellos amaneceres en los que la vecindad iba anunciando el retorno de los romeros a golpe de voces y silbos según se acercaban al pueblo: ¡Ya vienen por La Abejera! ¡En la era de Guayedra Arriba ¡ Por el Lomo del Manco! ¡Cruzando el barranco! ¡Ya están en la Cruz!...Del mismo modo que en la subida de la Virgen se anunciaban con las consabidas expresiones de: ¡Ya viene por La Torre! ¡Por Los Granaderos! ¡Por la Palmita! ¡Por las Candelarias! ¡Ya está en el Puente Viejo! ¡Fuerte viento! ¡La corona no llega viva al pueblo!...

En la puerta de los días principales de nuestras fiestas, en el Agaete de la mixtura, el Agaete de quienes aquí hemos nacido y nos hemos criado, el Agaete de quienes lo han elegido para vivir o trabajar, o sólo para pasar unas vacaciones o únicamente para la visita de un día, no sobra nadie. Contra viento y banderas y acomodados de otra manera en el Agaete de mi pregón que ahora es de ustedes, cabemos todas las personas que queremos vivir y compartir un año más la fiesta, bien sea bailando La Rama, acompañando a la Virgen de las Nieves en la subida o en su llegada al pueblo o en ambas cosas.

Desde mi condición de pregonero les invito a que vivamos y compartamos la fiesta, haciendo de ellas un modelo de inclusión por plural y diversa. Que tengan, paisanos, unas felices fiestas, que las vivan intensamente, que las disfruten.

Vecinos y vecinas de Agaete, visitantes que nos acompañan: ¡Viva la Virgen de las Nieves! ¡Viva el pueblo de Agaete!